

Teoría Política

¿para qué?

La Teoría Política recibe, a partir de los años setenta, un gran interés de parte de los trabajos académicos que tratan los temas típicos de esa antigua disciplina clásica.

Más aun, es dudosa la afirmación de que existió una cierta decadencia de esta disciplina durante gran parte del siglo XX, como a menudo se ha afirmado. Pero lo que no es dudoso es que ella tuvo un espectacular repunte en los últimos treinta años del siglo que acaba de terminar.

IN MEMORIAM SIR ISAIAH BERLIN

Es muy probable encontrarse, si uno trasiega con cuidado por las revistas y publicaciones académicas, de los años cincuenta y sesenta, con sendas exposiciones teóricas que si bien casi nunca estaban diseñadas y aglutinadas en densos tratados sistemáticos, hicieron importantes aportes a la discusión teórica y a las aproximaciones analíticas acerca de la política como problema a analizar. Así es que podemos encontrar de esa época, sin demasiada dificultad, numerosos aportes de Michael Oakeshott, de Hanna Arendt tanto en "Los orígenes del totalitarismo", como en "Sobre la Revolución", o en la "Condición Humana", escritos de Karl Popper, quien también trabajó bastante durante esa época produciendo expresiones teóricas por demás interesantes, las obras de Leo Strauss, Quentin Skinner, H. L. Hart, Plamenatz, Althusser, Sartre, Marcuse, y un largo, extenso y prolífico, etcétera.

Se trató, es cierto, de esfuerzos por lo general individuales e individualistas, con pocas zonas de contacto, y escasos puntos de intersección que buscaran enriquecerse mutuamente con el debate; casi todos estos teóricos funcionaban de manera autónoma escribiendo prácticamente sin leerse unos a otros, y los esfuerzos por generar acumulaciones académicas entre ellos eran escasos, a lo que hay que sumar que los mismos protagonistas no parecían tener demasiado interés en realizarlos. Lo que sí es de resaltar es que la mayoría de ellos creían y estaban sinceramente convencidos de que la filosofía política tenía un lugar justificado en el concierto del pensamiento del mundo occidental, y de que su

necesidad era imperiosa, indudable e importante para el desarrollo de las posibilidades políticas de occidente.

Hubo, es cierto, numerosos aportes en todos los sentidos teóricos imaginables, desde filósofos serviles al fascismo o al comunismo hasta los existencialistas, desde los más o menos liberales hasta los más o menos marxistas, desde los más furibundos críticos de la democracia, hasta los que creían en sus posibilidades de desarrollo; pero lo que parece indudable es que la producción de la disciplina era muy abundante y en algunos momentos brillante. No es necesario destacar que las mentes más ilustres del siglo XX se expresaron reiteradamente en términos políticos, dejando algunas páginas realmente formidables para la historia del pensamiento político.

Por otra parte, existía la convicción de que la filosofía política debía ser escrita en grandes libros analíticos en su forma y de una persuasión normativa en su orientación, lo que contradecía el volumen preponderante de la producción teórica individual, la que generalmente se expresaba en escritos breves y en ensayos, más que en extensos y ordenados tratados⁽¹⁾. Esta tendencia puede explicar, al decir de Parekh, cómo la vasta obra filosófica de Rawls, expresada en artículos académicos, no vio sus resultados hasta que fue reunida en la amplia y analítica "Teoría de la Justicia", momento a partir del cual comienza un despliegue masivo de la producción académica, rondando en general en torno a los desarrollos teóricos de la obra de Rawls⁽²⁾.

Como indica sin la menor duda el trabajo de Parekh, la filosofía política continuó viva y en permanente ebullición, lo cual no niega que ésta haya tenido en esa época un desarrollo particular y un tanto desconexo, lo que está reflejado en la poca cantidad de intercambios críticos públicos entre sus notables cultores.

Como decía Isaiah Berlin, "suponer... que han existido o han podido existir épocas sin filosofía política es como suponer que, como ha habido épocas de fe, debe haber habido

épocas de incredulidad total. Pero esta es una noción absurda: no existe actividad humana sin alguna clase de concepción general: el escepticismo, el cinismo, la negativa a tratar cuestiones abstractas o a poner en tela de juicio valores, el más endurecido oportunismo, el menosprecio por la teorización, todas las variedades del nihilismo son, por supuesto, otras tantas posiciones metafísicas y éticas, actitudes comprometidas⁽³⁾.

Precisamente, el objetivo de este trabajo es reproducir los argumentos, comentar, y si se quiere profundizar acerca de las opiniones que este conocido y respetable filósofo oxfordiano tenía acerca del futuro de la teoría política como disciplina académica.

Además de tener una intensa actividad universitaria en los colegios de Oxford, más precisamente en el All Souls, Isaiah Berlin tuvo también algunos destinos diplomáticos como funcionario del gobierno inglés. Sin prejuicio de lo curiosa que fue su vida personal, produjo una interesante obra que navega cómodamente entre los ríos de la filosofía y de la historia de las ideas; una obra que —cabe añadir— todavía sus discípulos felizmente continúan editando⁽⁴⁾. Durante los años cincuenta y sesenta, Berlin publicó varios ensayos importantes, entre

los cuales es posible destacar el conocido "Two concepts of Liberty" (1958), trabajo que, con relación a su extensión, despertó más reacciones incluso que "La Teoría de la Justicia" de Rawls; además escribió otro menos conocido pero no menos sugestivo que se denomina "Does Political Theory still Exist?"

En este trabajo, Berlin expresa sus opiniones acerca de la perennidad de los estudios que tratan sobre Teoría Política normativa, y manifiesta además la necesidad de seguir trabajando en ese orden de cosas. A continuación trataremos de exponer las principales líneas de análisis que maneja Berlin para sostener sus argumentos.

¿Ha muerto la teoría política? ¿Es posible su muerte? ¿Nos encontramos ante una disciplina académica que se sirve del añejo y clásico prestigio que posee para fundamentar el trabajo de algunos profesores que en realidad poco tienen que aportar, y que se dedican a poco más que al mantenimiento y difusión de los autores políticos y morales clásicos?

Autores tan importantes y destacados como Robert Dahl llegaron a sostener algunos argumentos que se movían en ese sentido: "La filosofía política se había (ha) convertido en poco más que un estudio de los pen-

sadores de antaño"⁽⁵⁾. Aquí, Dahl no advierte que en realidad un destacado número de autores utilizan esa forma de trabajar como una forma particular de hacer filosofía política, trabajando sobre los autores clásicos (no reproduciéndolos), e intentando reinterpretar sus argumentaciones bajo la nueva luz de nuestro tiempo, replanteando las preguntas y trabajando sobre ellas de acuerdo con nuevos acontecimientos y situaciones, pero contando con el valioso y sabio aporte del autor clásico.

¿VALE LA PENA TRABAJAR EN TEORÍA POLÍTICA?

Según Berlin, existen solo dos buenos motivos para sostener que una disciplina ha desaparecido y no tiene más razón de ser: uno es que sus presuposiciones primarias o metafísicas ya no son aceptadas por la causa que fuere, ya porque han caído en descrédito, ya porque han sido refutadas, etc.; el otro motivo posible es que una disciplina diferente haya tomado su objeto de análisis con mayor suerte, con creciente sensatez, y con resultados superiores y efectivos. Entre estas disciplinas, descartadas por los desarrollos del conocimiento en distintas fases históricas, es posible mencionar la astrología, la alquimia, y según se sea o no positivista, se podrá agregar la teología o la metafísica. Esta suerte de parricidio inevitable constituye una correcta descripción de la historia de las ciencias en su relación con la filosofía; según Berlin, es posible describir esa relación pensando que existen al menos dos tipos de problemas a los que los hombres han encontrado soluciones más

o menos claras: 1. Los que es posible resolver mediante la observación, deducción y medición de datos; estos pertenecen al círculo de las ciencias naturales. 2. El otro es el que Berlin denomina como problema formal. Dadas determinadas proposiciones llamadas axiomas, y planteadas determinadas reglas de análisis, es posible proceder con un simple cálculo. Las respuestas a mis preguntas serán válidas o inválidas según yo aplique o no las reglas estipuladas previamente: la matemática y la lógica son dos ejemplos de disciplinas que funcionan con y responden a este tipo de preguntas.

Lo que ambos tipos de problemas poseen es que sabemos con certeza cuál es el camino a recorrer, cuál método utilizar para abordarlos con mayor o menor efectividad; es posible que no demos con la respuesta, pero lo que sí sabemos es dónde y por dónde buscarla. Ello significa que estos dos bloques disciplinarios poseen conceptos más o menos claros, aceptados por todos, y los sistemas de análisis, sean cuales fueren, son desarrollados cómodamente por los cultores de la disciplina, sin que existan demasiadas discrepancias al respecto. A las disciplinas que reúnan estas características podemos denominarlas sin mucha resistencia como disciplinas científicas, formales o empíricas; si una disciplina no reúne estos requisitos mínimos, si se discuten hasta las características que debe poseer una ley, cómo se fundamentan las hipótesis, etc., a lo sumo nos encontraremos ante una cuasi-ciencia.

Pero, como dice Berlin, es posible plantear otro tipo de preguntas que difieren sustancialmente de las que vimos antes, y que no es posible tratar y con-

testar de la misma manera que los otros dos tipos: es posible que no sepamos cómo hallar o buscar las respuestas a estas preguntas, es probable que tampoco sepamos muy bien cómo hay que plantearlas, y que ni siquiera podamos distinguir si las respuestas que damos a las interrogantes son válidas o no. Se trata de preguntas del tipo de: ¿dónde se encuentra la imagen en el espejo?; ¿puede detenerse el tiempo?; ¿por qué no puedo estar en dos lugares simultáneamente? Frente a este tipo de preguntas, Berlin se detiene e inquiera: "Hay quienes dicen que no son preguntas legítimas; pero entonces, ¿qué las hace legítimas? Hay algo que estoy tratando de averiguar, pues indudablemente algo me desconcierta"⁽⁶⁾. Esa es para Berlin el carácter distintivo de una pregunta filosófica; que precisamente lo desconcierte desde el mismo planteamiento del problema, y que de ahí en adelante las perplejidades aumenten a medida que se avanza en su tratamiento específico.

En Berlin es posible percibir claramente la idea de que len realidad a historia ha consistido de hecho en la distribución gradual de todas las preguntas entre los dos comportamientos antes citados: el formal y el empírico. Hay en el texto una metáfora interesante acerca de la relación entre la filosofía y las demás disciplinas que persiguen como meta el conocimiento, y es la siguiente: "la filosofía es como un sol radiante que, de vez en cuando, se desprende de fragmentos de sí mismo; estas masas, cuando se enfrían, adquieren una estructura firme y reconocible que les es propia, e inician carreras independientes como planetas pulcros y regulares; pero el sol central sigue por su camino, y no parece perder ni masa ni brillantez"⁽⁷⁾.

Este camino fue recorrido por ejemplo por la Astronomía, disciplina que en los tiempos de Escoto Erígena (siglo IX) era considerada una disciplina filosófica; la misma tuvo un desarrollo enorme, afirmando sus conceptos, elaborando nuevos instrumentos para analizar la realidad, y escapando de los brazos de la teología (por ejemplo el anhelo de todo cuerpo de realizar la plena perfección de su naturaleza), lo que hacía imposible advertir de qué tipo de disciplina se trataba.

Hay cúmulos de conocimientos muy prestigiosos y antiguos, que no han podido escapar de su esencia misma, que es la elaborar descripciones y analizar fenómenos mediante la utilización de juicios de valor; entre éstas se encuentran, por ejemplo, la ética o la estética. Estas disciplinas han tenido cultores que realizaron esfuerzos formidables, desde los tiempos de Platón, por constituir disciplinas objetivas y universales, basadas en valores comúnmente aceptados o mecanismos de análisis universales; pero invariablemente se enfrentaron al fracaso.

¿ES LA TEORÍA POLÍTICA UNA DISCIPLINA CIENTÍFICA?

Para contestar esta pregunta tenemos que comenzar, según Berlin, planteando varias otras: ¿cuáles son los problemas más característicos a los que se enfrenta la teoría política? ¿Son empíricos, formales, o no son nada de esto? ¿Se refieren a cuestiones de valor? ¿A qué tipo de preguntas buscan darle contestación válida? ¿Qué grado de generalidad aspiran a obtener sus respuestas?

Los problemas que en general preocupan a los académicos que se dedican a cultivar la Teoría Política van desde la naturaleza de la igualdad, de los derechos, de las leyes, de la autoridad, de la justicia, etc. Por ejemplo: la pregunta "¿Por qué debería alguien obedecer a otro alguien?", es una pregunta de Teoría Política; pero analicemos también algunas preguntas que pueden parecer similares para ver las particularidades que puede poseer esta interrogante. Otras expresiones como "¿Por qué obedecen los hombres?", según Berlin son preguntas capaces de ser respondidas por otras disciplinas; son sensibles a las mediciones empíricas.

Lo que hace particular a la primera de las preguntas es que busca indagar en conceptos tales como libertad, autoridad, soberanía y otros, palabras en nombre de las cuales se emiten órdenes, se obliga a los hombres, se organizan guerras, etc. y sobre las cuales no existe un mínimo consenso, generando su mera enunciación reacciones absolutamente irreconciliables. Son preguntas filosóficas y que no aspiran a ser contestadas por las ciencias empíricas ni por las formales.

Pero, ¿a qué responde esta realidad? Según Berlin, esto tiene que ver con la cuestión kantiana acerca de en qué clase de mundo es posible, en principio, la filosofía política, y la clase de discusión y de argumento en que ella consiste. Para el pensador oxfordiano no hay otra respuesta posible: "Solo en un mundo en el que chocan los fines"⁽⁸⁾.

Este concepto es central en el pensamiento berliniano; se repite incesantemente en varios

de sus escritos y forma parte de su incansable prédica contra el monismo moral. Solo en un mundo donde chocan los fines, es posible que la filosofía política se desarrolle productivamente y en libertad. En el caso de que sea posible imaginar una sociedad cuyos fines fueran absolutamente unificados, solo se trataría de discutir las técnicas mediante las cuales aproximarse al fin único. Esto sería posible en los experimentos teóricos de Marx, de Platón, de Santo Tomás, o de cualquiera que imaginara una sociedad en la que no hay brechas en la finalidad universalmente aceptada. Ahora, Berlin se apresura a decir que esto es en extremo una simplificación, hasta la sociedad más planificada deja lugar a distintos medios para lograr el fin supremo, y la pregunta de ¿qué hacer? puede plantearse en todos los niveles y no solamente en el último de ellos. En pocas ocasiones la situación es tan radical que no admite fisuras en cuanto a la unanimidad de sus fines; ejemplos extremos podrían ser una batalla, en los quirófanos, en las revoluciones, etc.; allí el fin es difícilmente cuestionable, y difícilmente alguien medianamente sensato podría cuestionarlo. Esta es precisamente, según Berlin, la estrategia de los regímenes totalitarios: plantear todas las situaciones en términos de "estado crítico"; allí no es posible admitir fisuras, y el que persiguiese fines alternativos sería igualmente catalogado de "traidor" y le serían impuestas sanciones varias, dado que no respetó la persecución del único fin sacro.

En estas sociedades el pensamiento "oficial" seguramente se nutrirá de todas las ciencias formales y naturales, del derecho, de la biología, de estudios de la conducta, quienes elaborarán cuidadosos juicios de valor de los que seguramente también se nutrirá el régimen. De esta manera la ciencia política es convertida en algo oficial, sin permitírsele elaborar alternativas en términos de estilos de vida; en estos casos existe un solo modelo dominante, fuera del cual todo es erróneo o perverso.

Para Berlin es decisiva la división entre pluralistas y monistas: dentro de los últimos se alinean autores que van desde los platónicos y aristotélicos, pasan por los estoicos y los tomistas, y culminan en los positivistas y marxistas; todos ellos serían, para nuestro autor, ejemplos de quienes quieren traducir en términos científicos, problemas políticos, éticos y morales. Por aquí también estarán ubicados los ateos ilustrados del siglo XVIII, y las iglesias que pretenden conocer el fin y el principio de la compleja peripecia humana. Del otro lado estarían los escépticos y los relativistas, los románticos, los existencialistas y "los que crean (que) los individuos, o las culturas, o las naciones, son crea-

das (como) las obras de arte; por lo cual, la respuesta a la pregunta que dice "¿qué deberíamos hacer?", es indescubrible; no porque rebese nuestras capacidades el encontrarle respuesta, sino porque, como la pregunta no es de hecho la solución, no estriba en descubrir algo que es lo que es, independientemente de que sea descubierto o no... algo que no puede encontrarse, sino que tiene que ser inventado, un acto de voluntad o de la fe, o una creación que no obedezca a reglas, leyes o hechos preexistentes"⁽⁹⁾. Testimonios de esta visión serían por ejemplo Fichte, Shelling, Carlyle, Nietzsche, Herder y otros autores, como algunos anarquistas, quienes no aspiran a un conocimiento científico de la realidad política y humana en general, para adaptar a ella modelos mentalmente preestablecidos diseñados para que funcione una sociedad que "debe" comportarse de determinada manera, dado que la ciencia así lo indica.

Para Berlin no es posible, en el análisis de las preguntas propias de la filosofía política, eludir la evaluación; no es posible analizar las preguntas sin recurrir en algún término a las categorías de bueno y malo, de permitido y prohibido, de lo armonioso y lo discordante. Prueba de esto es que en general las respuestas a las preguntas centrales de la estética, de la ética (¿la moral cristiana?) y de la teoría política, han cambiado de acuerdo con las mutaciones producidas en modelos metafísicos o filosóficos más generales.

La visión que este interesante autor posee de la historia del pensamiento y de la cultura es, como él mismo dice, coincidente con la de Hegel; una visión que percibe una "cambiante configuración de grandes ideas liberadoras que inevitablemente se truecan en asfixiantes camisas de fuerza, y de tal modo estimulan su propia destrucción por nuevas, emancipadoras y al mismo tiempo esclavizadoras concepciones"⁽¹⁰⁾. Pero es bastante raro que los hombres se manejen con un solo modelo de pensamiento; más bien las culturas obsesionadas por un solo modelo son raras, y no tienden a durar mucho. Según Berlin, la realidad hace estallar a esos conceptos por medio de acontecimientos experimentados "internos y externos" (Berlin escribe esto en 1961, aunque lo revisa posteriormente para su primera publicación en inglés en 1978).

Pero, si todo es tan relativo, si no es posible realizar proyectos políticos y morales a-históricos, entonces, ¿cómo sabemos qué es y qué no es un programa adecuado para seres humanos en determinadas circunstancias históricas? Berlin afirma contundentemente que "Hume, Helvecio, Condorcet, Comte, están seguros de que tal conocimiento debe basarse en datos empíricos y en los métodos de las ciencias naturales; todo lo demás es imaginario y no vale

nada"⁽¹¹⁾.

Por lo menos desde el siglo XVIII, los intentos de buscar soluciones unívocas fueron tantos y de tan variado tipo que eso había provocado una extraordinaria inquietud: la furiosa discusión desatada acerca de los principios últimos que habían de guiar la naturaleza humana se convirtió en casi un escándalo, provocando que la tentación de barrer todo eso junto con la ciencia fuera casi inaguantable; "Calculemos" dijo Condorcet, y esta era la clave de todo: al fin de cuentas la ciencia había barrido toda la superchería pre-científica o teológica que se había desplegado un tiempo antes. Pero todos los intentos de los "philosophes" ilustrados y de sus discípulos por encontrar caminos y fines únicos han chocado con la enorme diversidad que existe en las comunidades modernas, y con los innumerables caminos que pueden recorrer los estilos de vida de cada individuo.

Y ENTONCES, ¿PARA QUÉ SIRVE LA TEORÍA POLÍTICA?

Hay que tener mucho cuidado cuando hablamos de disciplinas que se limitan a la observación de la conducta humana y a la formulación de hipótesis acerca de ella; en este caso nos encontramos ante psicólogos, sociólogos, historiadores, etc. Por más profundos y originales que puedan ser sus estudios, no constituyen aporte alguno a la Teoría Política como tal, aun cuando digan cosas que sean interesantes y dignas de ser tomadas en cuenta para el cúmulo de conocimientos que encierra el nombre Teoría Política. Estas personas son estudiosos de hechos, y aspiran a formular hipótesis contrastables, como los científicos de las ciencias "duras". Estos pensadores no pueden ir más lejos que su propósito inicial y propenden a analizar las ideas políticas a la luz

de alguna creencia suprema propia. Ninguna cantidad de cuidadosas observaciones empíricas y de atrevidas hipótesis nos indicarán nada acerca de la naturaleza del Estado, pero a menos que comprendamos cuáles nociones acerca de la naturaleza del hombre están incorporadas en nuestras concepciones políticas, por qué son estas y no otras, etc., no habremos de entender a nuestra propia sociedad ni a ninguna otra. Es posible trazar a grandes pinceladas un tipo de civilización, de acumulación de razones y de tradiciones que nos explique, al menos en parte los desarrollos políticos que se han ido sucediendo a lo largo de la historia y, además, los mismos suelen ser bastante estables, como para constituir un mundo común, que compartimos con los pensadores medievales y los clásicos.

Dice Berlin que "la cosmología jónica, la biología de Aristóteles, la lógica estoica, el álgebra árabe, la física cartesiana, podrán interesar a los especialistas de la historia, pero no tienen por qué ocupar un lugar en las mentes de los físicos, los biólogos o los matemáticos, a quienes solo interesa el descubrimiento de la verdad nueva". Esto no ocurre en el caso de la filosofía política. Platón, Aristóteles, las ideas morales de los profetas hebreos, las enseñanzas encerradas en los evangelios, los aportes de los juristas romanos, etc., son incomparablemente más actuales y más interesantes para el propio desarrollo del pensamiento jurídico y filosófico que todas las ciencias de la antigüedad, hoy superadas irremediable y definitivamente. Las preocupaciones y preguntas que presentaban estas antiguas disciplinas, presentan todavía inquietudes y perplejidades que conservan un grado considerable de continuidad y similitud entre una edad y una cultura y otras⁽¹²⁾.

Las mentes más privilegiadas del siglo XX continuaron la tradición intelectual de discutir

REFERENCIAS

1. Leo Strauss dice, cuando hace la distinción entre pensamiento político y filosofía política, que "el pensamiento político que no es filosofía política encuentra su expresión adecuada en leyes y códigos, en poemas y relatos, en folletos y discursos públicos para los demás. La forma apropiada para el desarrollo de la filosofía es el tratado". Strauss, Leo. "Qué es filosofía política?", Cuadarrama, Madrid, 1970, p. 15.
2. Esta reacción está expresada en el llamado debate liberal-comunitarista, en el que autores que son generalmente insertados en estas grandes e imprecisas corrientes, debaten sobre la obra de Rawls, sobre su significado, y sobre toda la exégesis que está generando todavía ahora.
3. Berlin, Isaiah. "Conceptos y categorías: ensayos filosóficos". Madrid, FCE, pp. 258-9.
4. Una de las pocas biografías existentes de Isaiah Berlin es: Ignatieff, Michael, "Isaiah Berlin: su vida". Taurus, Madrid, 1999.
5. Parekh, Biekhu. "Algunas reflexiones sobre la filosofía política occidental contemporánea", en "La Política", N° 1, Paidós, Barcelona, p. 13.
6. Berlin, Isaiah, op. cit., p. 241.
7. Berlin, Isaiah, op. cit., p. 242.
8. Berlin, Isaiah, op. cit., p. 246.
9. Berlin, Isaiah, op. cit., pp. 252-3.
10. Berlin, Isaiah, op. cit., p. 261.
11. Berlin, Isaiah, op. cit., p. 263.
12. Un buen ejemplo acerca de la perennidad de las preguntas que plantea la filosofía política antigua, y más precisamente en el pensamiento de Aristóteles, es posible verlo en: Da Silveira, Pablo, "Filosofía política: tenemos todavía algo que esperar de Aristóteles". En Cuadernos del Claeh, N° 61, pp. 49-73.
13. Berlin, Isaiah, op. cit., p. 276.
14. Berlin, Isaiah, op. cit., pp. 279-280.

con los clásicos del pensamiento político y moral, buscando e investigando sus enseñanzas. Al respecto dice Berlin: “Podríamos poner como ejemplos la denuncia que ha hecho Karl Popper de la teoría política de Platón, o las filípicas de Irving Babbitt contra Rousseau, la repugnancia violenta que sintió Simone Weil por la moral del Antiguo Testamento, o los frecuentes ataques dirigidos hoy contra el positivismo del siglo XVIII o su cientificismo en materia de ética política”; a lo que agrega en una nota al pie “¿Cuál pensador experimenta hoy violentas emociones a causa de los errores de los físicos cartesianos, o de los cartógrafos medievales?”⁽¹³⁾, remarcando el carácter esencialmente acumulativo de la filosofía política en contraposición con el auténtico “progreso” de los estudios científicos, para los cuales como vimos solo importa el último pedazo en la escalera de los descubrimientos, quedando todo lo demás para rellenar los anaqueles de la historia de la ciencia. De esta manera la teoría política se convierte en un eterno redescubrimiento de tradiciones a menudo divergentes que conversan entre ellas, a la luz de los acontecimientos históricos y de las alternancias ideológicas, éticas y metafísicas.

La pluralidad de versiones imaginables de la vida buena son infinitas, pero están signadas por los presupuestos ideológicos y culturales más generales, que van variando con las circunstancias históricas; a pesar de lo cual las concepciones ideales pretéritas de la vida buena (la idea griega de la vida contemplativa, el ideal monástico medieval, etc.) no dejan de constituir un referente válido a la hora de las evaluaciones actuales. Mientras los hombres sean lo que son, el debate no cesará; las diferentes visiones acerca de los contenidos políticos y éticos de las prácticas sociales variarán en cuanto a la importancia que se les dé en el

momento de construir la realidad, pero no desaparecerán del horizonte de lo pensable. Pero dice Berlin, anteponiéndose a alguna crítica, que “podrá objetarse a esta argumentación que consideramos dignas de discusión todavía a las viejas doctrinas éticas o políticas porque son parte de nuestra tradición cultural; que si la filosofía griega, la ética bíblica, etc., no hubiesen sido elementos intrínsecos de la educación occidental, estarían ahora tan alejadas de nosotros como las antiguas especulaciones chinas”; el que no sea así, agrega Berlin, se debe indudablemente a que nuestra experiencia se encuentra organizada por categorías éticas y políticas que no es posible evitar con decoro; viejos lentes a través de los cuales aún estamos mirando. No obstante, si estos lentes nos hubieran ocasionado problemas en el diario vivir, los hubiéramos sustituido así como hemos cambiado nuestras antiguas ideas acerca de la biología o de la física. Esto, a pesar de las oscilaciones en cuanto a la importancia de algunas ideas políticas a lo largo de la historia, pone un acento importante en la existencia de una importante continuidad, señalada por algunas rupturas que es posible presenciar sin demasiado esfuerzo, pero que difícilmente marquen un tajante antes y después.

No es cierto que los seres humanos seamos rehenes de un montón de circunstancias históricas que nos “marcan” o por ideologías de las cuales no es posible escapar, so pena de ir a contramarcha del mundo o de las “leyes infranqueables de la sociedad”; en cambio es posible afirmar que, como dice Berlin, “la racionalidad descansa en la creencia de que puede uno pensar y actuar por razones que se pueden comprender”, y no vivir permanentemente determinados por circunstancias ajenas a mi libre albedrío o a mis designios racionales. Mientras exista “la curiosidad racional -

un deseo de justificación y explicación en términos de motivos y razones, y no solo de causas, o correlaciones funcionales, o probabilidades estadísticas-, la teoría política no desaparecerá plenamente de la faz de la tierra, por más que muchos de sus rivales (...) pretendan haber dissipado las nieblas de su reino imaginario”⁽¹⁴⁾.

Sir Isaiah Berlin, a pesar de considerarse un devoto anglófilo, a pesar de haber vivido en Inglaterra, salvo escasos períodos, desde 1920 y pese a haber sido el tercer profesor judío en obtener una cátedra dentro de la Universidad de Oxford, nunca se consideró puramente como un inglés. Este filósofo, letón de nacimiento se movía con comodidad dentro del ambiente académico inglés, frecuentando incluso los aristocráticos clubes de intelectuales londinenses, particularmente el Athenaeum, lugar donde se reunía con sus amigos a degustar un buen cherry y conversar sobre los problemas del mundo. Conoció a la mayoría de las personalidades políticas e intelectuales más influyentes del siglo XX, desde Bertrand Russell, pasando por Wittgenstein, Freud, Malraux, Stravinsky, Toscanini, hasta T.S. Elliot y Churchill; fue un testigo privilegiado de las atrocidades del siglo XX, y no dejó de expresar activamente sus diatribas orales (es recordado como un incomparable conferencista) y escritas contra todo tipo de monismo moral o dictadura más o menos disimulada. Fue uno de los más lúcidos escritores y filósofos liberales del siglo XX, y ejerció una profunda e importante influencia intelectual sobre las elites políticas británicas y sobre la realidad que lo rodeaba, a pesar de haber pasado casi toda su vida dentro de la monumental y tranquila Universidad de Oxford.

Fue justamente en esta universidad, en sus habitaciones del All Souls College, junto con J. L. Austin, A. J. Ayer y S. Hampshire entre otros, donde a mediados de los años treinta comenzó a caminar entre jugosas conversaciones nocturnas la “filosofía del lenguaje”. Su vida intelectual tuvo sus niveles más elevados durante sus actividades en su querida universidad, donde fundó, ya en el ocaso de su vida académica, el Wolfson College, uno de los más jóvenes colegios para egresados dentro del campus oxfordiano. Ejerció además en el período 1974 a 1978 la presidencia de la Academia Británica.

Durante su vida universitaria recibió numerosos títulos, premios y condecoraciones. Los mismos son numerosos, pero vale la pena destacar algunos de ellos. En su estadía en el Corpus Christy College de Oxford logró licenciarse en Greats en 1931 y en Filosofía, Política y Economía en 1932; después enseñó filosofía en el New College, e ingresó como miembro en el All Souls College; luego de

un tiempo de acción diplomática regresa a Oxford, donde es contratado como profesor nuevamente en el All Souls (1950), fue nombrado profesor Chichele de Teoría Política y Social (1957–1967); fue merecedor de una veintena de doctorados honoris causa lo que es un buen indicador del cariño que se le

tuvo en los ámbitos académicos del mundo; fue Comendador del Imperio Británico (1946), Fellow de la Academia Británica y Caballero (Knight Bachelor, 1957); se le otorgó la Orden del Mérito (1971), el Premio Jerusalén (1979), el Premio Erasmo (1983), y el Premio Internacional Agnelli de Ética (1987).

Sir Isaiah Berlin falleció en su querida Oxford el 5 de noviembre de 1997 de un ataque al corazón, a los ochenta años de edad. El filósofo eligió morir precisamente allí, en el lugar donde fue sin duda muy feliz; y es precisamente allí, entre las doradas cúpulas de Oxford, que se encuentra hoy su última morada. ●

Isaiah Berlin en castellano

La mayoría de los textos son ensayos, artículos y notas, editados por el profesor Henry Hardy.

- “Karl Marx”. Alianza, Madrid, 1973.
- “Pensadores Rusos”. FCE, México, 1980.
- “El Erizo y la Zorra”. Muchnik, Barcelona, 1981.
- “Conceptos y Categorías: Un ensayo filosófico”. FCE, México, 1993.
- “Contra la Corriente. Ensayos sobre Historia de las Ideas”. FCE, México, 1993.
- “Impresiones Personales”. FCE, México, 1994.
- “Cuatro Ensayos sobre la Libertad”. Alianza, Madrid, 1988.
- “El Fuste torcido de la Humanidad. Capítulos de Historia de las Ideas”. Península, Barcelona, 1992.
- “Antología de ensayos”. Espasa Calpe, Madrid, 1995.
- “Las raíces del Romanticismo: Conferencias A. W. Mellon en Bellas Artes, 1965, The National Gallery of Art, Washington DC. Madrid: Taurus, 2000.
- “El Sentido de la Realidad: sobre las ideas y su historia”. Taurus, Madrid, 1998.
- “El Mago del Norte. J.G. Hamann y el origen del irracionalismo moderno”. Tecnos, Madrid, 1997.
- Además hay algunos escritos, cursos y conferencias que no se han traducido al castellano, y otros que todavía no se han editado ni siquiera en inglés. También es posible acceder a algunas entrevistas cuyo listado se encuentra en “El Mago del Norte”.